



Joe Abercrombie

La mejor venganza

Traducción de
Javier Martín Lalanda

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Best Served Cold*

Publicado por primera vez por Gollancz,
sello editorial de Orion Publishing Group, Londres

Primera edición: 2010
Tercera edición: 2018
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de cubierta: Gail Cross
Ilustración de cubierta: © Raymond Swanland
Mapa: © Dave Senior

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Joe Abercrombie 2009. All rights reserved
© de la traducción: Javier Martín Landa, 2010
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2018, 2020, 2022, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-067-4
Depósito legal: M. 1.717-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Grace.

*Un día leerás esto
y te sentirás algo inquieta*

Benna Murcatto salva una vida

El amanecer tenía el color de la sangre enferma. Huía del este y manchaba de rojo el cielo oscuro, dando a los jirones de nubes un color dorado que no les pertenecía. Bajo él, la carretera se retorcía montaña arriba, hacia la fortaleza de Fontezarmo, un cúmulo de torres bajas de color ceniza oscuro que se recortaba ante los cielos heridos. El amanecer era rojo, negro y oro.

Los colores de su profesión.

–Monza, esta mañana estás especialmente hermosa.

Ella suspiró como si aquella circunstancia fuese accidental. Como si no hubiera pasado una hora acicalándose ante el espejo.

–Las cosas son lo que son. Y el hecho de decir cómo son no tiene mérito. Acabas de demostrar que no estás ciego, sólo eso –dijo, mientras se desperezaba en la silla de montar y hacía una larga pausa, para luego añadir–: Pero sigue diciéndome cosas.

Él se aclaró sonoramente la garganta y alargó una mano como el mal actor que se dispone a soltar su parlamento.

–Tu cabello es como... ¡un velo de arena que rielase!

–Eres un gallito presumido. ¿Ayer qué era? ¿Una cortina de medianoche? Eso me gustó más, tenía cierta poesía. Aunque mala, pero sigue.

–Mierda –miró hacia las nubes y bizqueó–. Entonces diré que tus ojos relucen como zafiros penetrantes y sin precio.

–¿Acaso tengo ahora piedras en la cara?

–Tus labios son como pétalos de rosa.

Ella le escupió, pero él anduvo listo y se apartó, de suerte que el escupitajo pasó cerca de su caballo y cayó en las piedras resacas que se encontraban junto al sendero.

–Eso es para que tus rosas crezcan más rápido, capullo. Puedes hacerlo mejor.

–Cada día es más difícil –murmuró él–. La joya que te regalé te queda muy bonita.

Ella alzó la mano derecha para admirarla, un rubí tan grande como una almendra, que atrapaba los primeros destellos de la luz del sol y relucía como una herida abierta.

–Me han hecho regalos peores –dijo.

–Le pega a tu temperamento tan fogoso.

Ella lanzó una risotada mientras decía:

–Y a mi reputación sangrienta.

–¡A la mierda tu reputación! ¡Sólo sirve para que cotilleen los idiotas! Eres un sueño. Una visión. Eres como...

–chasqueó los dedos– ¡la mismísima diosa de la guerra!

–Una diosa, ¿eh?

–De la guerra. ¿Te gusta?

–No está mal. Si puedes besarle el culo al duque Orso la mitad de bien que piropeas, quizá nos dé un premio.

–Sólo hay una cosa que me guste más que el amanecer: mirar las nalgas llenas y redondas de Su Excelencia. Es como contemplar... el poder –Benna fruncía los labios en una mueca.

Los cascos de los caballos golpeaban el arenoso sendero, las sillas crujían y los arneses tintineaban. El camino iba sin parar de un lado para otro. El resto del mundo se desplazaba bajo ellos. El cielo del este se desangró, pasando del rojo a un rosa de matadero. El río surgió lentamente ante su vista, serpenteando entre los bosques otoñales que circundaban la base del empapado valle. Centelleante, como un ejército en marcha, corriendo rápido e implacable hacia el mar. Hacia Talins.

–Estoy esperando –dijo él.

–¿El qué?

–Los cumplidos que ahora te toca decir a ti, por supuesto.

–Si no se te quitan esos humos de la cabeza, te va a estallar de mala manera –retorció los puños de seda de su camisa–. Y no quiero tus sesos encima de mi camisa nueva.

–¡Me has matado! –Benna se llevó una mano al pecho–. Zorra desalmada, ¿así es como me pagas la devoción que he mostrado por ti todos estos años?

–Campesino, ¿cómo te atreves a presumir de la devoción que sientes por mí? ¡Es como si una garrapata sintiera devoción por un tigre!

–¿Un tigre? ¡Vaya! Cuando te comparan con un animal, siempre sale a relucir una serpiente.

–Mejor eso que un gusano.

–Furcia.

–Cobarde.

–Asesina.

Apenas podía negar aquel último apelativo. El silencio cayó nuevamente sobre ellos. Un pájaro gorjeó desde el árbol sediento que se encontraba junto al camino. Benna acercó poco a poco su caballo al suyo y murmuró cortésmente:

–Monza, esta mañana estás especialmente hermosa.

Una sonrisa asomó por una de las comisuras de su boca. Por el lado que él no podía ver.

–Bueno, las cosas son lo que son.

Ella espoleó su caballo, y la muralla exterior de la ciudadela de Fontezarmo salió a su encuentro. El estrecho puente que cruzaba un vertiginoso precipicio terminaba ante la barbacana, cubierto todo él por las chispeantes gotas de agua que caían. En su extremo se abría, bostezante, una puerta que parecía conducir a la tumba.

–Han reforzado las murallas en el último año –musitó Benna–. No me gustaría tener que atacar este sitio.

–¿No irás a pretender ahora que tienes los redaños suficientes para subir por una escala?

–No me gustaría tener que ordenar a alguien que atacase este sitio.

–¿No irás a pretender ahora que tienes los redaños suficientes para dar órdenes?

–Pues no.

Ella se inclinó con cuidado en la silla de montar y miró la pendiente muy empinada que quedaba a su izquierda. Luego echó un vistazo a la escarpada muralla de su derecha, cuyas almenas formaban una negra línea mellada que se recortaba contra el brillante cielo, y comentó:

–Es como si temiera que alguien pudiese matarle.

–¿Entonces... tiene muchos enemigos? –preguntó Benna con un susurro, abriendo unos ojos tan grandes como platos y esbozando una mueca de sorpresa.

–Sólo media Styria.

–Y yo, que me había empeñado tanto en ser popular... –Pasaban al trote entre dos soldados de rostro severo, con lanzas y bonetes de hierro tan relimpios que tenían un resplandor asesino. Los cascos de los caballos resonaban en la oscuridad del largo túnel, que comenzaba a hacerse más empinado–. Ahora tienes ese aspecto...

–¿Qué aspecto?

–Ya basta de bromas por hoy.

–Uh –ella sintió que una mueca archiconocida afloraba en su rostro–. Tú puedes permitirte una sonrisa. Eres el bueno.

Al otro lado de las puertas el mundo era diferente, el aire estaba cargado con olor a lavanda y, después de recorrer la gris ladera de la montaña, parecía llenarse con un color verde brillante. Un mundo de césped cortado al ras, de setos torturados para que adquiriesen formas irreales, de fuentes que lanzaban hacia lo alto su reluciente lluvia. Unos guardias siniestros, con la cruz negra de Talins sobre

sus blancas sobrevestes, aguaban delante de todas las puertas tan bonito espectáculo.

–Monza...

–¿Sí?

–Que sea la última campaña que hacemos –Benna intentaba convencerla–. El último verano que nos arrastramos por el polvo. Busquemos una actividad más placentera. Ahora, que aún somos jóvenes.

–¿Y qué hacemos con las Mil Espadas, ahora ya casi diez mil, que nos buscan a la espera de órdenes?

–Que nos sigan buscando. Se unieron a nosotros para saquear y nosotros hemos cumplido. Su lealtad nunca va más allá de su propio beneficio.

Ella tuvo que admitir que las Mil Espadas nunca habían representado lo mejor de la humanidad, ni siquiera lo mejor de los mercenarios. La mayoría de sus miembros sólo se encontraban un peldaño por encima de los criminales. Los demás estaban un peldaño por debajo. Pero ésa no era la cuestión. Por eso dijo con un gruñido:

–En esta vida hay que tener apego por algo.

–No sé por qué.

–Como siempre. Una campaña más y Visserine caerá, Rogont se rendirá y la Liga de los Ocho sólo será un mal recuerdo. Orso podrá coronarse a sí mismo rey de Styria, y entonces nosotros nos esfumaremos y nadie nos recordará.

–Merecemos que nos recuerden. Podríamos tener nuestra propia ciudad. Tú podrías ser la noble duquesa Monzcarro de... donde sea...

–¿Y tú el impávido duque Benna? –rió mientras lo decía–. Eres tonto del culo. Apenas podrías gobernar tus propias tripas sin mi ayuda. La guerra es un negocio bastante turbio, y yo no domino la política. Si Orso acaba siendo coronado, nos retiramos.

Benna suspiró y dijo:

–Suponía que éramos mercenarios. A Cosca jamás le gustaron los tipos como él.

–Pero yo no soy Cosca. De cualquier modo, no es prudente negarle nada al señor de Talins.

–Pero si te gusta luchar...

–No. Me gusta ganar. Sólo una campaña más y luego veremos mundo. Visitaremos el Viejo Imperio. Recorreremos las Mil Islas. Navegaremos hasta Adua y nos hospedaremos en la Casa del Hacedor. Viajaremos por todas partes –Benna puso mala cara, como siempre que algo no le gustaba. Pero, aunque pusiera mala cara, no le llevó la contraria. En ocasiones era consciente de que ella debía tomar la iniciativa–. Puesto que sólo nos diferenciamos en un par de pelotas, ¿nunca has sentido la necesidad de hacerte con unas?

–A ti te sientan mejor. Además, también te tocó el cerebro. Mejor será que sigamos juntos.

–¿Y tú qué sacarás de todo esto?

–La sonrisa de la victoria –Benna hizo una mueca.

–Pues, entonces, sonrío. Sólo una campaña más. –Bajó con un salto de la silla, enderezó el tahalí de su espada, lanzó las riendas hacia el mozo de cuadra y se encaminó a grandes pasos hacia la puerta interior de la entrada. Benna tuvo que seguirla a la carrera, porque, al echar a andar, se había enredado con su propia espada. Para ser una persona que vivía de la guerra, era un desastre en todo lo que tuviese que ver con las armas.

El patio interior, que al llegar a la cumbre de la montaña se dividía en terrazas bastante extensas en las que habían plantado unas exóticas palmeras, estaba aún más protegido que el exterior. Una antigua y alta columna procedente del palacio de Scarpius se erguía en su centro, lanzando un intenso reflejo hacia el estanque circular en el que pululaban muchos peces plateados. La inmensidad de vidrio, bronce y mármol que era el palacio del duque Orso dominaba las

tres fachadas del patio como un gato monstruoso que atrapase entre sus garras a un ratón. Desde la primavera habían construido una nueva ala, bastante grande, a lo largo de la muralla norte, con adornos de piedra medio cubiertos por el andamiaje.

–Han estado edificando –dijo ella.

–Claro. ¿Cómo podría arreglárselas el príncipe Ario sólo con las diez habitaciones que tiene para meter en ellas los zapatos?

–En estos tiempos, el hombre que sólo tenga diez habitaciones para guardar el calzado nunca podrá ir a la moda.

–Yo sólo tengo treinta pares. Creo que mis reservas disminuyen con rapidez –Benna fruncía el ceño mientras miraba sus botas con hebillas de oro.

–Como nos pasa a todos –musitó ella. Un grupo de esculturas medio terminadas se alineaba a lo largo del tejado. El duque Orso dando limosna a los pobres. El duque Orso enseñando al ignorante. El duque Orso protegiendo al débil de cualquier daño.

–Me sorprende que no tenga a toda Styria lamiéndole el culo –le susurró Benna al oído.

–Ésa debe de ser la siguiente –señalaba con el dedo un bloque de mármol que habían comenzado a tallar.

–¡Benna!

El conde Foscar, que era el hijo pequeño de Orso, rodeó el estanque a la carrera como si fuera un perrito impaciente, haciendo mucho ruido con los zapatos al pisar la gravilla recién rastrillada, encendido el pecoso rostro. Acusaba el desafortunado intento de dejarse barba (ya hacía un año desde que Monza le hubiera visto por última vez), con el resultado de que los cuatro pelos sueltos de color arena que cubrían su rostro le hacían más aniñado. Aunque hubiera podido heredar toda la virilidad de su padre, daba la impresión de que una parte se había quedado por el camino. Benna sonrió burlonamente, le pasó un brazo por los hom-

bros y le rascó la cabellera. Eso habría supuesto un insulto en caso de hacérselo otro, pero, haciéndoselo Benna, le parecía algo maravilloso. Él tenía cierta habilidad para hacer feliz a la gente, que a Monza le parecía mágica. La suya la llevaba, justamente, hacia la dirección opuesta.

–¿Aún está aquí tu padre? –preguntó Monza.

–Sí, y también mi hermano. Los acompaña su banquero.

–¿Y cómo anda de humor?

–Creo que bien, o eso parece, pero ya conoces a mi padre. Además, nunca se enfada con vosotros, porque siempre le traéis buenas noticias. Al igual que hoy, ¿o no?

–Yo se lo diré, Monza, o...

–Borletta ha caído. Cantain ha muerto.

–Cantain era un buen hombre –Foscar no se alegró, porque no compartía con su padre el apetito por los cadáveres.

–Era el enemigo de tu padre –para Monza las cosas no eran tan sencillas.

–Era un hombre al que se podía respetar. Apenas queda gente como él en Styria. ¿De veras que murió?

Benna hinchó las mejillas y dejó escapar el aire antes de decir:

–Bueno, le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica encima de las puertas; a menos que conozcas a algún médico fantástico...

Pasaron bajo una arcada bastante alta y accedieron a una sala en penumbra que resonaba igual que la tumba de un emperador, sólo iluminada por la luz que, al filtrarse desde unos altos ventanales, creaba columnas llenas de polvo en suspensión que llegaban hasta el suelo de mármol. Unas armaduras antiguas, que relucían en silencioso recogimiento, sujetaban en sus puños de hierro unas armas igual de vetustas. El nítido sonido de unas botas retumbó en las paredes cuando un hombre de uniforme oscuro llegó a su lado.

–Mierda –Benna decía a Monza, hablándole al oído–. Ahí está ese reptil de Ganmark.

–No te metas con él.

–Es que no me creo que ese bastardo de sangre fría sea tan bueno con la espada como dicen...

–Lo es.

–Si yo sólo fuera medio hombre...

–No lo eres. Así que no te metas con él.

El rostro del general Ganmark era singularmente suave, y sus bigotes lacios y sus pálidos ojos grises, siempre húmedos, le conferían cierto aire de tristeza perpetua. Se rumoreaba que lo habían expulsado del ejército de la Unión por cierta indiscreción de carácter sexual que tenía que ver con otro oficial, y que había cruzado el mar en busca de un amo con más amplitud de miras. La tolerancia del duque Orso era infinita en lo concerniente a sus militares, siempre que hiciesen bien su trabajo. Ella y Benna eran la prueba viviente de ello.

Ganmark saludó a Monza con una inclinación de cabeza llena de afectación.

–General Murcatto –luego repitió, mirando a Benna–: General Murcatto. Conde Foscar, ¿puedo presumir que ha hecho sus ejercicios?

–Me entreno durante todo el día.

–Entonces aún podremos hacer de usted un espadachín.

–Eso o un tipo aburrido –comentó Benna dando un bufido.

–Cualquiera de las dos cosas ya sería algo –dijo Ganmark con su típico acento gutural de la Unión–. Un hombre sin disciplina no es mejor que un perro. Un soldado sin disciplina no es mejor que un cadáver. De hecho, es peor, porque un cadáver no supone ninguna amenaza para sus propios camaradas.

Benna abrió la boca, pero Monza se le adelantó. Ya tendría tiempo después para hacer el idiota, si quería.

–¿Cómo le fue en la campaña? –preguntó ella.

–Cumplí con mi papel, manteniendo los flancos de usted libres de Rogont y de sus soldados de Ospria.

–¿Conteniendo al Duque de la Dilación? –Benna sonreía con afectación–. Menudo desafío.

–Sólo actué de secundario. Un giro cómico en una gran tragedia, que, así lo espero, debió de ser debidamente apreciado por la audiencia.

Los ecos de sus pisadas se incrementaron cuando pasaron bajo otra arcada y entraron en la impresionante rotonda situada en el corazón del palacio. Sus curvas paredes eran vastos paneles esculpidos con escenas de la Antigüedad. Guerras entre demonios y magos, y otras tonterías parecidas. Arriba, en lo más alto, la gran cúpula mostraba un fresco en el que habían pintado siete mujeres con alas que se recortaban ante un cielo tormentoso; tenían armas, armaduras y la mirada airada. Los Hados, que llevan los destinos a la Tierra. La mejor obra de Aropella. Al parecer, había tardado siete años en terminarla. Monza decidió no olvidar lo menuda, débil y completamente insignificante que se sentía en aquel sitio. Era muy importante para ella.

Los cuatro subieron por una escalera lo suficientemente ancha para que el doble del número de personas subiera de frente por ella.

–Y, ¿adónde le llevó ese talento suyo para la comedia? –Monza preguntó a Ganmark.

–Junto con el fuego y el asesinato, hasta las puertas de Puranti, y luego de vuelta.

–¿Algún combate importante? –Benna fruncía los labios.

–¿Por qué hubiera debido implicarme en un combate? ¿No ha leído a su Stolicus? *Un animal lucha para conseguir la victoria...*

–*Un general avanza* –Monza terminó la cita por él–. ¿Suscitó muchas risas?

–Supongo que no muchas en el enemigo. Sólo unas pocas, preciosas, en algunos, pero así es la guerra.

–Siempre tengo tiempo para reírme entre dientes –dijo Benna.

–Algunas personas tienen la risa fácil. Eso las convierte en compañeros encantadores a la hora de cenar –los ojos tiernos de Granmark fueron hasta Monza–. Veo que no se ríe.

–Ya lo haré. En cuanto la Liga de los Ocho haya desaparecido y Orso sea rey de Styria. Entonces todos podremos colgar nuestras espadas.

–Por experiencia propia, puedo asegurarle que las espadas no se quedan colgadas mucho tiempo de ningún sitio. Tienen la costumbre de volver por su cuenta a las manos de quienes las empuñaron.

–Me atrevería a decir que Orso seguirá con usted –dijo Benna–. Aunque sólo sea para sacar brillo a las baldosas del suelo.

–Entonces puedo asegurarle que Su Excelencia tendrá los suelos más limpios de toda Styria –Granmark apenas dio un respingo.

La escalera finalizaba delante de un par de puertas altas, muy brillantes por la madera pulimentada con que habían sido construidas, las cuales presentaban unos rostros de leones. Un hombre grueso subía y bajaba por los escalones situados delante de ellas, a la manera del viejo perro guardián que vigila el dormitorio de su amo. Era Fiel Carpi, el capitán más antiguo de las Mil Espadas, cuyo rostro viril, ancho y curtido se hallaba surcado por las cicatrices de mil combates.

–¡Fiel! –Benna agarró al viejo mercenario por la gruesa tajada de carne que era una de sus manos–. Mira que subir por una montaña a tus años. ¿No deberías estar ahora en algún burdel?

–Estaba en uno de ellos –Carpi se encogió de hombros–. Pero Su Excelencia me mandó llamar.

–Y como eres un buen chico... obedeciste.

–Por algo me llaman Fiel.

–¿Cómo andaban las cosas en Borletta? –preguntó Monza.

–Tranquilas. La mayoría de los hombres quedaron acuartelados fuera de la ciudad, con Andiche y Victus. Pensé que así no podrían incendiarla. Dejé en el palacio de Cantain a algunos de los de más confianza con Sesaria, para que los vigilase. Perros viejos como yo, de los tiempos de Cosca. Hombres maduros, poco inclinados a obrar de manera impulsiva.

–Querrás decir un poco lentos –dijo Benna, cloqueando.

–Lentos en el pensar, aunque estables. Ya hemos llegado.

–¿Qué tal si entramos? –Foscar apoyó un hombro en una de las puertas y la abrió. Ganmark y Fiel le siguieron. Monza se detuvo un momento en el umbral, intentando poner una cara más seria. Levantó la mirada y vio que Benna sonreía. Le devolvió la sonrisa de manera instintiva. Se inclinó y le dijo al oído:

–Te quiero.

–Por supuesto que me quieres –dio un paso en el umbral y ella le siguió.

El estudio privado del duque Orso era una sala de mármol tan grande como la plaza de un mercado. Unos ventanales altos ocupaban en solemne procesión una de sus paredes, dejando pasar una brisa penetrante que hacía estremecer y retorcerse las vívidas colgaduras del estudio. Más allá, una larga terraza parecía colgar en medio del aire, dominando la cuesta más empinada que llevaba hasta la cumbre de la montaña.

La pared de enfrente estaba cubierta con unos paneles que llegaban hasta el techo, pintados por los artistas más notables de Styria con objeto de mostrar las mayores batallas de su historia. Las victorias de Stolicus, de Harod el

Grande, de Farans y de Verturio, todas ellas conservadas en óleos majestuosos. El mensaje de que Orso era el último de un linaje de regios conquistadores resultaba difícil de obviar, aunque su bisabuelo no sólo hubiera sido un usurpador sino un criminal convicto.

La pintura mayor de todas se encontraba frente a la puerta, a una altura, al menos, de diez largos pasos. Como no podía ser menos, representaba al gran duque Orso. Aparecía montado encima de un destrero rampante, alta la reluciente espada, los penetrantes ojos fijos en el lejano horizonte, incitando a sus hombres a la victoria en la batalla de Etreá. El pintor parecía desconocer que Orso había estado a más de ochenta kilómetros de ella.

Pero las mentiras bonitas siempre vencen a las verdades aburridas, como frecuentemente él mismo había dicho a Monza.

El mismísimo duque de Talins, con aire avinagrado, empuñando una pluma y no una espada, se sentaba ante un escritorio. Un hombre alto, macilento, de nariz ganchuda se encontraba de pie a su lado, mirando hacia abajo con la misma perspicacia que el buitre que aguarda a que los viajeros perdidos mueran de sed. Entre las sombras de la pared, una silueta de buen tamaño se agazapaba cerca de ambos. Gobba, el guardaespaldas de Orso, cuyo cuello era tan gordo como el de un cerdo enorme. El príncipe Ario, hijo primogénito del duque y su heredero, se repantigaba en una silla dorada, cerca de ellos. Había cruzado una pierna por encima de la otra y movía con descuido una copa de vino, mientras una sonrisa blanda se dibujaba en su rostro bello e inexpressivo.

—¡Me encontré a estos mendigos vagando por el campo y pensé encomendarlos a tu caridad, padre! —exclamó Foscá.

—¿Caridad? —La aguda voz de Orso reverberó en la cavernosa estancia—. Sabes que no me gustan las tonterías.

Pónganse cómodos, amigos míos; en un momento estaré con ustedes.

–Vaya, pero si son la Carnicera de Caprile y su pequeño Benna –comentó Ario en voz baja.

–Vuestra Alteza está tan bien como siempre –aunque a Monza le pareciera estar viendo a un gallito indolente, se guardó de decirlo.

–Usted también. Si todos los soldados tuvieran su apariencia, creo que me gustaría apuntarme a la campaña. ¿Una nueva baratija? –Ario movió con languidez su mano enjovada para señalar el rubí que Monza llevaba en el dedo.

–Es lo que tenía a mano mientras me vestía.

–Me habría gustado estar presente. ¿Vino?

–¿Tan pronto? Si apenas ha amanecido.

Él echó una mirada de ojos abotagados a las ventanas y dijo, como si estar levantado hasta muy tarde fuera una proeza:

–En lo que a mí concierne, la noche ya está lejos.

–Tomaré un poco.

Benna había comenzado a servirse una copa de vino por su cuenta: mejor aprovechar la fanfarronada antes de que decayera. Era casi seguro que antes de una hora estaría borracho y que luego se sentiría avergonzado, porque Monza ya estaba cansada de hacer siempre de madre. Se paseó por delante de la monumental chimenea, sujeta por las figuras talladas de Jovens y Kanedias, y se dirigió al escritorio de Orso.

–Firmad aquí, aquí y aquí –decía el hombre macilento mientras esgrimía un dedo huesudo por encima de los documentos.

–¿Está seguro, Mauthis? –Orso le miró como si se sintiese incómodo–, mi arrendatario.

–Sólo vuestro humilde servidor, Excelencia. La Banca de Valint y Balk accede a prorrogar este crédito por un año,

después del cual, aun lamentándolo mucho, tendrá que cobraros los intereses.

–Sí, seguro que lo lamenta tanto como la peste por los muertos que deja. Estaré comprometido con ustedes –dijo Orso con un bufido–. Todos acabamos por arrodillarnos ante alguien, ¿no es así? Asegúrese de comunicar a sus superiores mi infinita gratitud por su indulgencia.

–Así lo haré –Mauthis recogió los documentos–. Esto concluye nuestro asunto, Excelencia. Debo irme ahora mismo, si quiero aprovechar la marea de la tarde para llegar a Westport...

–Aún no. Quédese un poco más. Debemos tratar otro asunto.

–Como desee Vuestra Excelencia –los inexpressivos ojos de Mauthis fueron hacia Monza y luego hacia Orso.

El duque se levantó parsimoniosamente de su escritorio y dijo:

–Entonces, tratemos cuestiones más placenteras. Me traen buenas noticias, ¿no es así, Monzcarro?

–Así es, Excelencia.

–Ah, ¿qué haría yo sin usted?

Sus cabellos negros tenían una veta de color gris acero que Monza no había visto en la última entrevista mantenida con él y, quizá, unas líneas más profundas en los rabillos de los ojos, aunque su forma de mandar en todo fuera tan impresionante como siempre. Se inclinó hacia delante y la besó en ambas mejillas, para luego susurrarle al oído:

–Aunque Ganmark pueda dirigir a los hombres con cierta facilidad, no tiene el menor sentido del humor, y eso que es un chupapollas. Vamos, cuénteme sus victorias en el campo de batalla –puso un brazo encima de los hombros de la joven y, dejando atrás al príncipe Ario, que se había echado a roncar, pasó con ella por uno de los abiertos ventanales, llegando a la alta terraza.

El sol comenzaba a escalar el cielo y el brillante orbe se llenaba de colorido. El cielo había perdido su color de sangre, adquiriendo otro azul intenso mientras unas nubes blancas se arrastraban en lo alto. Abajo, en el mismísimo fondo del vertiginoso precipicio, el río serpenteaba por las boscosas estribaciones del valle, cubiertas con otoñales hojas de verde pálido, de naranja tostado, de amarillo desvaído, de rojo intenso, y la luz relucía plateada en las apresuradas aguas. Hacia el este, el bosque daba paso a un parcheado de campos de labranza, cuadrados de tierras verdes, de barbecho, de rica tierra negra, de rastros dorados. Un poco más lejos, el río se encontraba con el mar gris para formar un amplio delta plagado de islas. Con la fuerza de la imaginación, Monza vislumbraba en ellas torres, edificios, puentes, murallas. La Gran Talins, no mucho mayor ante su vista que la uña de su pulgar

Entornó los ojos ante la fuerte brisa que apartaba de su rostro algunos de sus cabellos.

–Jamás me canso de esta vista.

–No me extraña. Por eso edificué este maldito lugar. Desde aquí siempre puedo vigilar a mis súbditos como un padre a sus pequeños. Pero sólo para asegurarme de que no se hacen daño mientras juegan, ya me comprende.

–Vuestra gente tiene suerte de tener en vos a un padre tan justo y preocupado –respondió ella con una mentira piadosa.

–Justo y preocupado –Orso frunció la frente, pensativo, mientras miraba el distante mar–. ¿Cree usted que la historia me recordará?

–¿Qué dijo Bialoveld? *La historia la escriben los vencedores* –pero eso le parecía hartamente improbable.

–Muy bien, veo que además es usted muy leída –el duque le apretó nuevamente en el hombro–. Ario posee la necesaria ambición, pero carece de perspicacia. Me sorprendería que fuese capaz de leer de corrido una señal de

carretera. Sólo se preocupa por las putas. Y por los zapatos. Por otra parte, mi hija Terez no hace más que llorar desconsoladamente porque la casé con un rey. Puedo asegurarle que si le hubiera dado como marido al gran Euz, habría estado gimoteando por no tener un marido que se amoldase mejor a su condición –lanzó un profundo suspiro–. Ninguno de mis hijos me comprende. Ya sabe usted que mi bisabuelo fue un mercenario. Es una circunstancia que no me agrada revelar –pero que contaba a Monza cada vez que se veían–. Un hombre que jamás derramó una lágrima en toda su vida y que pisoteó lo que tenía al alcance de la mano. Un luchador de baja cuna que se apoderó de Talins con la agudeza de su mente y de su espada –la versión que había oído Monza hablaba de una rudeza desmesurada y una gran brutalidad–. Usted y yo estamos hechos de la misma pasta. Nos hemos hecho a nosotros mismos a partir de cero.

–Me honráis sobremanera, Excelencia –Monza se mordía la lengua, porque Orso, que había nacido en el ducado más poderoso de Styria, no sabía lo que era trabajar duro.

–Se merece aún más. Y ahora hableme de Borletta.

–¿Queréis que os hable de la batalla de la Margen Alta?

–¡Me han dicho que usted desbarató el ejército de la Liga de los Ocho como antes en Dulces Pinos! Ganmark dice que las fuerzas del duque Salier triplicaban en número a las suyas.

–El número de las fuerzas no favorece cuando son flojas, están mal preparadas y mandadas por idiotas. Un ejército de granjeros de Borletta, de zapateros remendones de Affoia, de sopladores de cristal de Visserine. Aficionados. Acamparon junto al río, suponiendo que estábamos lejos, y apenas pusieron centinelas. Atravesamos los bosques a medianoche y caímos sobre ellos al amanecer, porque ni siquiera se habían puesto las armaduras.

–¡Me imagino a ese cerdo sebo de Salier saltando de la cama para echar a correr!